

JAQUES

¡El mundo es un gran escenario
y simples comediantes los hombres y mujeres!
Y tienen marcados sus mutis y las apariciones
y en el tiempo que se les asigna hacen muchos papeles,
pues en siete edades se dividen sus actos: la infancia
va primero, que llora y que babea en manos de su ama.
Luego es el muchacho llorón que arrastra su mochila
y su cara resplandeciente por la mañana, como caracol
cansado, hasta la escuela. Luego el amante
suspirando como un fuelle, entonando baladas
tristes que dedica a las cejas de la amada. Y el soldado
profiriendo juramentos, con barbas de leopardo
celoso de su honor, duro y eficaz en la pelea,
tras las pompas de la gloria que quiere ver
hasta en la boca del cañón. Y el justicia,
de hermosa panza abombada, repleta de capones,
ojos severos, corte de barba al uso
repartiendo lugares comunes y sentencias,
así representando su papel. La sexta edad
muestra con sus pantuflas a Pantalón enjuto
con anteojos sobre la nariz y bolsa en el costado;
sus calzas juveniles, que ha conservado bien, le quedan
anchas en sus piernas escuálidas, y su vozarrón
viril, que atipla como un niño, suena a caramillo
y a flauta. Y la escena final
—con la que termina esta historia azarosa—
es la segunda infancia o el olvido,
ciego, desdentado, sin paladar, sin nada.